

CAPÍTULO XXVI.

De algunas indias que fueron comulgadas, y otras consoladas milagrosamente.

DE las visiones ó revelaciones y otras grandes misericordias que los indios en diferentes tiempos han contado á religiosos haber recibido de la mano y voluntad de Nuestro Señor, bien tengo para mí que se pudiera hacer un volúmen tan grande como esta Historia. Mas no todas fueron creidas, ni se hacia caso de ellas, salvo de aquellas que bien examinadas se entendia llevar mucho camino, por ser de personas conocidas en su sinceridad y manera de vivir, y por las circunstancias que en los semejantes casos concurrían. Y de esta suerte y calidad son las pocas que á mí me han ocurrido á la memoria para poderlas aquí referir. Y porque la clara noticia de las cosas ciertas es argumento para dar crédito á las semejantes dudosas, traeré aquí una, tomada por testimonio ante escribano real y testigos españoles, cuyo original al presente cuando esto escribo, yo tengo en mi poder, y es *de verbo ad verbum* en la forma que se sigue:

En la ciudad de Guaxozingo de la Nueva España, en seis dias del mes de Diciembre, año del nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo, de mil y quinientos y noventa y un años, ante mí, Estéban de Coto, escribano del rey nuestro señor, y de los testigos aquí contenidos, el padre Fr. Pedro de Vargas, guardian del convento de S. Francisco de esta dicha ciudad (que se nombra S. Miguel), hizo parecer ante sí á Fr. Miguel de Estibaliz, fraile lego y morador del dicho convento, al cual mandó que para honra y gloria de Dios nuestro Señor y de su bendita Madre, y edificacion del pueblo cristiano, convenia que dijese y declarase lo que sabia acerca de que se tenia noticia que estando un religioso de la dicha órden administrando el santísimo sacramento de la Eucaristía á otras personas, habia visto el dicho Fr. Miguel de Estibaliz una forma de las consagradas que tenia el dicho religioso se habia ido á la boca de una persona de las que estaban para comulgar; y para que de esto hubiese mas fe y testimonio, el dicho guardian mandaba y mandó al dicho Fr. Miguel de Estibaliz en virtud del Espíritu Santo y por santa obediencia, dijese la verdad de lo que sabia en el dicho caso. El cual postrándose en tierra de rodillas, dijo que así lo haría. Y que lo que sabe y pasa en esto es, que habrá mas de cuarenta años que siendo conventual en el pueblo de Zinzónza, que es en la provincia de Michoacan de la dicha Nueva España, vió que el guardian del dicho convento de Zinzónza, que se decia Fr. Pedro de Reyna, estando administrando el santísimo sacramento de la comunión á muchos indios, vió el dicho Fr. Miguel de Estibaliz, estando con un cirio encendido en la mano ayudando al dicho guardian, que llegando cerca de una india que estaba para comulgar, una forma de las que el dicho guardian tenia consagradas en las manos

para dar á los que allí estaban, una de ellas se fué de las manos del dicho guardian á la boca de la dicha india, y la recibió. Y el dicho guardian entendiendo que se le habia caido en el suelo la buscó y no la halló. Y el dicho Fr. Miguel de Estibaliz le dijo al dicho guardian que no la buscase, porque él la habia visto ir por el aire á la boca de la dicha india. Y el dicho guardian para satisfacerse de esto se llegó á la india y le hizo abrir la boca para ver si estaba allí, y la dicha india le dijo cómo ya habia recibido la dicha forma. Y lo que dicho tiene es la verdad, y en ello se afirma y ratifica, y que es de edad de ochenta años poco mas ó menos, y no firmó porque dijo no sabia; firmó por él un testigo, siendo testigos presentes á la dicha declaracion Hernan Perez de Olarte, juez repartidor de los indios del valle de Atlisco, y Cárlos de Lizaraga y Juan Camacho, vecinos y estantes en la dicha ciudad, &c.

India que se le fué el Santísimo Sacramento á su boca.

Ha sido siempre este Fr. Miguel de Estibaliz, fraile de grande ejemplo y muy trabajador en la conversion de los indios, y por ser todavía vivo no se pone su vida, como lo merecia, entre las de los varones apostólicos de esta provincia, aunque de su persona se hará mencion en la vida y muerte del bendito mártir Fr. Francisco Lorenzo, á quien tuvo compañía en mucha parte de sus trabajos. Semejante caso de comunión miraculosa (aunque en diferente manera) aconteció en Tepeaca, que siendo allí guardian el padre Fr. Diego de Olarte, una india principal enfermó, y se confesó con él, y con mucha instancia le pidió el santísimo sacramento de la Eucaristía. El guardian por entonces no se lo quiso dar, y otro dia siguiente, movido de escrúpulo de la conciencia, envió por la dicha india enferma, y traída le dijo que se aparejase, que le queria dar el Santísimo Sacramento. La india respondió, que ya habia comulgado. El guardian, maravillado, le preguntó que dónde y cómo. La india respondió, que despues que le pidió el Sacramento y no se lo dió, estando en su casa fueron dos frailes, y allí donde ella estaba enferma pusieron un altar con todo su recado, y el uno de ellos dijo misa, y la comulgó. Tuvo el guardian este milagro por cierto y verdadero, porque la india no quiso más comulgar en aquella enfermedad de que murió, diciendo que ya habia recibido el Santísimo Sacramento. En el pueblo de Xuchipila, á una india principal, mujer de un español, buen cristiano, llamado Hernando Alonso, le dió una enfermedad que le duró tres ó cuatro meses. Al cabo de ellos, estando ya muy debilitada, despues de haberla confesado un religioso llamado Fr. Gaspar Rodriguez, y dádole el Santísimo Sacramento del altar, la noche que pensaron se moriria, vino á ella la Madre de Dios á la media noche, muy resplandeciente y cercada de santa compañía, y un fraile menor venia delante alumbrando con una hacha. Y llegando la Virgen á la cama donde estaba la enfer-

India comulgada por milagro.

India enferma consolada por la Madre de Dios.

ma, la consoló diciendo, que se esforzase, y le mandó abrir la boca y le dió unas cucharadas de cierto licor suavísimo, y le dijo que no la quería llevar hasta que pasase un mes, porque mas mereciese, y luego desapareció la vision. Fué cosa de maravillar, que esta enferma luego tuvo mucha mejoría y se levantó desde á pocos dias, y contó esta vision á su confesor. Y al cabo del mes tornó á recaer, y recibidos otra vez los sacramentos, la llevó el Señor para su gloria. Este padre Fr. Gaspar Rodriguez habia sido mi súbdito en Toluca, fraile ejemplar y devoto, dado á la oracion y vida espiritual, y con celo de la salvacion de las almas fué á predicar y convertir los bárbaros (que llaman chichimecos) y hizo mucho fructo entre ellos, y le acontecieron cosas maravillosas que me contó al cabo de algun tiempo que nos vimos, de las cuales solo quiero añadir aquí otra vision con que una india fué librada de las manos del demonio, y pasó de esta manera. En un pueblo llamado Apozol, de la provincia de Jalisco, estaba una india casada, mujer simple y de buena vida, á la cual habia confesado el dicho Fr. Gaspar, y su marido habia caido enfermo de mal de ojos, que le duró muchos dias; tanto, que la pobre mujer vino á cansarse de tan continuo trabajo, y á aborrirse con la enfermedad tan prolija del marido. Y un dia, haciéndole de comer y yéndoselo á dar, con alguna ocasion de descontento perdió la paciencia, y ofrecióse al demonio, diciendo: «El diablo me lleve.» El enemigo malo, que no se descuida, acudió á su llamado, y á cabo de un rato aparecióle en forma de un indio cantero, que algunos dias antes habia muerto, y dijo á la india, que estaba asentada junto al fuego, que se levantase y lo siguiese. Ella, espantada de ver al que tenia por muerto, quedó medio desmayada, y él se salió á la puerta. Y como volvió en sí la india, tornó á ella y díjole: «Vete conmigo, si no, ahogarte he.» Y diciendo esto, llegóse á ella, y enclavóle, á su parecer, un hierro por la garganta, con lo cual estuvo fuera de sí mas de cinco dias sin comer ni hablar; de suerte que los de su casa y vecinos que acudieron, no sabian qué le hacer. Acaeció esto un lunes de la Semana Santa. Y dice que en la mañana de la Resurreccion vió su casilla toda entoldada de paños de corte, y luego vió venir una procesion muy ordenada de mancebos muy hermosos, que excedian en hermosura á los hijos de los españoles, y traian en medio una cruz muy grande y resplandeciente, y al cabo de la procesion venia un niño mas hermoso que todos, con un libro muy precioso en las manos, el cual se llegó á su lecho y la llamó por su nombre, y la consoló, y le dijo que él era el *Tepa-*

India librada del demonio á quien se habia ofrecido.

paquiltiani, que quiere decir consolador. Y le declaró cómo el demonio habia querido llevar su alma, por las palabras que ella habia dicho, ofreciéndose á él. Y preguntóle que si queria que él la llevase en su compañía. Ella le respondió, que en su mano estaba, que como él lo ordenase. Y dice que le mandó abrir la boca y le quitó aquel hierro que el demonio le habia dejado clavado, y luego desapareció toda aquella vision, y ella se levantó muy confortada y fué derecho á la iglesia, á do estaba el dicho Fr. Gaspar su confesor (que á la sazón habia ido á visitar aquel pueblo), y le contó lo que le habia sucedido, con muchas lágrimas, y de cuando en cuando daba grandes sollozos, quejándose del dolor de la garganta, y decia que aquello le habia causado el tormento en que el demonio la habia puesto con el hierro con que la enclavó. Y porque lo siguiente es cosa de no menos admiracion y breve, añadido, que me contó el dicho Fr. Gaspar Rodriguez, que andando él entre los chichimecos infieles entendiendo en su conversion, y llegando á un pueblo de ellos, diez leguas de la villa que los españoles llamaron Cinaloa, halló que era muerto el señor de aquel pueblo pocos dias habia, indio gentil que aun no estaba bautizado, y recibéndolo muy bien los del pueblo, le contaron cómo estando para morir el dicho indio su señor, les hizo una plática, diciendo cómo un sacerdote cristiano vendria luego allí, que lo tuviesen en gran reverencia, y le creyesen y guardasen sus palabras, porque iba de parte de Dios para su salvacion de ellos. Y que acabada su plática murió. Y así aquellos indios se bautizaron y recibieron la fe de Cristo. Y que aquel indio principal dijese aquellas palabras, no pudo ser sino en una de dos maneras: ó por inspiracion divina, muriendo él ya cristiano en voto y deseo, y por el consiguiente bautizado con el bautismo del Espíritu Santo (que los teólogos llaman *Flaminis*), ó si murió infiel, habló por su boca el demonio, compelido por la voluntad y mandamiento de Dios.

CAPÍTULO XXVII.

De algunos muertos cuyas almas volvieron á los cuerpos, ó fueron arrebatados en espíritu para su enmienda y salud.

EN Tlaxcala, un viérnes de Lázaro, año de mil y quinientos y treinta y siete, falleció un mancebo indio, natural de la ciudad de Cholula, por nombre Benito, el cual estando sano y bueno se

fué á confesar á la iglesia de Tlaxcala, y desde á dos dias cayó enfermo en casa de otro indio vecino, algo lejos del monesterio. Y estando ya muy al cabo y mortal, dos dias antes que muriese, él mesmo por su pié volvió al monesterio. Y viéndolo de aquella suerte el padre Fr. Toribio, que lo conocia muy bien (porque se habia criado en la iglesia), quedó espantado, porque en su figura más parecia del otro mundo que de este. Y preguntóle á qué venia. Él dijo, que á reconciliarse, porque se queria morir. Y despues de confesado, descansando un poco, dijo que habia sido llevado su espíritu á ver las penas del infierno, á do del grande espanto, habia padecido mucho tormento y grandísimo miedo. Y cuando esto decia, de la memoria de lo que contaba temblaba y estaba como atónito. Y dijo que en aquel lugar espantoso se levantó su ánima á llamar á Dios y pedirle misericordia, y que luego fué llevado á un lugar de mucho placer y deleite, y le habia dicho el ángel que lo llevaba: «Benito, Dios quiere haber misericordia de ti; ve y confiesa tus pecados, y aparéjate, que aquí has de venir por la clemencia de Dios.» Dice el padre Fr. Toribio, que lo que mas le espantó y puso admiracion, fué verlo venir tan flaco y mortal, y poder andar el camino que anduvo, por donde no puso dubda en la vision que vió, y mayormente porque murió cuando él lo habia dicho. Semejante caso que este aconteció á otro mancebo, natural de una legua de Tlaxcala, á do llaman Santa Ana, el cual se decia Juan, y tenia cargo de saber de los niños que nacia en aquel pueblo, para el domingo recogerlos y llevarlos á bautizar, y tambien llevaba á los mozuelos á la iglesia para aprender la doctrina. Este, como enfermase gravemente de la enfermedad de que murió, fué su espíritu arrebatado y llevado por unos negros por un camino muy triste y penoso á un lugar oscuro y de grandísimos tormentos. Y queriéndolo lanzar en él los que lo llevaban, el mancebo á grandes voces llamaba y decia, como alegando de sú derecho: «Señora mia, Santa María, ¿porqué me echan aquí? ¿Yo no recogia los niños y los llevaba á bautizar? ¿No juntaba á los muchachos y los llevaba á la casa de Dios? ¿Pues en esto no servia yo á Dios, y á vos, Señora? Santa María, valedme, y libradme de estas penas y tormentos, que de mis pecados yo me enmendaré. Santa María, escapadme y defendedme de estos negros.» Librado y sacado de aquel peligro, y conhortado con el favor que la Reina de misericordia le envió, tornó al cuerpo su espíritu, que (segun dijo su madre) todo aquel tiempo lo tuvo por muerto. Y cuando volvió en sí, dijo estas y otras muchas cosas

Vision que vió un indio antes de su muerte.

Vision que vió otro indio en que fué socorrido de la Madre de Dios.

de grande admiracion y espanto, y proponia grande enmienda en su vida. Y luego procuró la confesion, y en aquel buen estado y propósito firme de bien vivir, murió de la mesma enfermedad. En Ahuacatlan, pueblo de Jalisco, solia estar un buen indio, llamado Pedro (que no sé si aun es vivo), y servia de intérprete á los frailes en las cosas de la doctrina. Este indio fué tenido por muerto, y él afirmó que realmente murió, y estando amortajado para llevarlo á enterrar, y su mujer y hijos llorando por él, llegaron dos frailes franciscos, el uno de los cuales era Fr. Alonso de Cebreros, que habia fallecido siendo guardian de aquel monesterio, varon de loable vida y fiel trabajador en la doctrina de los indios, y al otro no conoció. Y hablando el Fr. Alonso de Cebreros con el otro su compañero, dijo: «A este dejémoslo acá, porque es intérprete de los frailes y les ha de ayudar, y tambien tiene hijos pequeños y mujer.» Y dicho esto desaparecieron. Y resucitó luego sano de la enfermedad que tenia. Este indio ha sido muy buen cristiano y devoto. En la provincia de Tlaxcala, en una aldea de Topoyanco, que se dice Santa Águeda, habia un buen indio muy devoto, el cual todas las veces que iban los frailes á visitar aquella estancia, los salia á recibir con mucha alegría, y en especial á Fr. Rodrigo de Bienvenida, muy siervo de Dios, siendo allí guardian. Y una vez, entre otras, que fué allí el dicho guardian á visitar, saliolo á recibir al camino, como solia, aunque muy flaco. Y preguntóle el guardian cómo estaba de aquella manera. El indio le contó que habia estado muy enfermo, en tanto grado, que estuvo dos ó tres dias como muerto, y por tal lo tuvieron los de su casa. Y en este tiempo dice que fué llevado á juicio, donde vió á los demonios que querian llevar su ánima, y los ángeles la defendieron, hasta que á la postre vino Santiago, en quien este indio tenia particular devocion, y hizo huir los demonios, y el indio volvió luego en sí y quedó sano, aunque flaco. Una india casada vino á quejarse á un religioso de su marido, que por andar amancebado con otra, la trataba mal. Sabido esto por el marido, aporreóla y hirióla de tal manera, que temiendo morir, se hizo llevar al monesterio para confesarse. Y por ser ya tarde y estar cansado el religioso de aquel monesterio, y pareciéndole que no estaba tan enferma como decia, dijo que otro dia por la mañana la confesaria. Vuelta á su casa, le aparecieron aquella noche nuestro Señor Jesucristo y su bendita Madre, la cual rogaba á su Hijo por aquella india. Y dijo Nuestro Señor, que era menester que viniese Pedro, y vino S. Pedro, y tocando con las manos á

Indio muerto y resucitado.

Indio librado de los demonios por el apóstol Santiago.

India sanada por el apóstol S. Pedro.

la india (que segun parece era devota del santo), la sanó, y dijo que á cabo de tantos dias moriria. Á la mañana siguiente fué la india ante el fraile ya sana, y contóle lo que pasaba, y vino á morir al tiempo que dijo. Este religioso, entiendo que era Fr. Juan de Ayora, varon apostólico de grande ejemplo, que siendo actualmente provincial de la provincia de Michoacan, renunció el provincialato y pasó con los frailes descalzos á las islas Filipinas con espíritu de comenzar á la vejez á trabajar de nuevo en la viña del Señor, y allá murió. Digo que seria él á quien aconteció este caso, porque fué el que me lo contó. Otra india, mujer de un principal, en el pueblo de Culiacan, vino á morir de enfermedad, y estuvo cuasi un dia muerta y amortajada, y cuando la quisieron poner en las andas para llevarla á enterrar, se meneó, y descosiéndole la mortaja, con admiracion de los presentes, dijo cómo habia parecido en juicio ante nuestro Señor Jesucristo, al cual habia visto muy indignado contra toda aquella provincia, y que la mandó volver al cuerpo para que les dijese que oyesen la palabra de Dios que les predicaban los religiosos, y guardasen lo que les decian. Y que ella, por la gracia y misericordia del Señor, era salva, y habia de morir en breve. Y así fué que murió á cabo de dos dias. Á esta india confesó Fr. Gaspar Rodriguez, de quien arriba se hizo mencion, y dice que era buena cristiana, simple y sin vicio. En Xuchimilco trajeron á la iglesia un indio enfermo para que lo confesasen. Salió á confesarlo un religioso que se llamaba Fr. Diego de Sande. Y viéndolo tan al cabo (que ya cuasi no podia hablar), riñó á los que lo traian porque no lo habian traído con tiempo. Mas el enfermo le dijo: «Padre, no te enojés; óyeme lo que te quiero decir. Has de saber que yo no me queria confesar, y así no me dejaba traer de mis parientes, que me importunaban viniese á confesarme. Mas esta noche, cuando tañian á maitines, yo no podia dormir de dolor de mi enfermedad, y estaba solo, porque mi mujer dormia en otro aposento junto donde yo estaba. Y vi que del cielo venia gran resplandor, que entró en mi aposento, y vi á nuestro Señor Jesucristo crucificado, de la manera que está en la iglesia, que me dijo airadamente: «Pecador, ¿en qué piensas? ¿porqué no te vas á confesar con mi sacerdote? Pues sábetes que has de morir mañana, y segun tus pecados, habias de ser condenado; mas por sola mi misericordia te quiero perdonar con que luego te confieses de todos ellos.» Y por esto, padre, vengo á confesarme.» Confesólo el fraile, y luego aquella tarde murió el indio.

India resucitada para aviso de su pueblo.

Indio pecador con quien Dios usó de misericordia.

CAPÍTULO XXVIII.

De algunos defunctos que por divina voluntad han aparecido á personas particulares, para ser socorridos.

ASISTIENDO yo en el convento de Santiago de Tlatelulco, habré quince años, vino á mí un indio, vecino de aquel pueblo, llamado Pedro, muy afligido, cuya mujer y hijos eran muertos, y entre ellos una hija que tenia, doncella, cuya ánima me dijo que le seguia de dia y de noche, así en su casa como en la iglesia y á doquiera que iba, no porque él viese cosa alguna, mas de que oia su propria voz que se quejaba, como persona que estaba en mucha fatiga, y á veces hablaba con el Niño Jesus, pidiéndole se compadeciese de ella, y á veces con su gloriosa Madre, pidiéndole tambien favor, y á veces con el mismo padre. Y otras veces nombraba á algunos de sus deudos cercanos que eran vivos, pidiéndoles asimismo que la ayudasen. Y sospechando que fuese ilusion del demonio, le pregunté si estaba confesado y si sabia la doctrina cristiana y si creia firmemente lo que cree la santa madre Iglesia. Respondióme que era fiel y católico cristiano, y que habia confesado y comulgado aquella cuaresma. Y púsose de rodillas delante un crucifijo que estaba en la pieza donde yo le hablaba, y dijo el *Pater noster*, Ave María y Credo en su propria lengua. Preguntéle de aquella su hija defuncta, si murió sin confesion. Díjome que habia confesado y comulgado pocos dias antes que muriese, y que la tenia por doncella muy guardada y sin vicio. Sabido esto, rogué á los padres y hermanos del convento que la encomendasen á Nuestro Señor, para que si fuese ilusion cesase, y si acaso aquella moza estaba en necesidad, hubiese misericordia de ella. Y particularmente dos religiosos dijeron un dia misa por aquella intencion, y el mismo dia en la tarde vino á mí el indio, y señalando al cielo (como ellos suelen repartir el tiempo del dia por el curso del sol), díjome que estando el sol en aquella altura que él señalaba, habia cesado de hablarle la voz de su hija, y no la habia oido más, y que antes de esto nunca la dejaba de oír. En el pueblo de Acazingo, confesando Fr. Rodrigo de Bienvenida á un indio, le dijo que su mujer era muerta, y que algunas veces le habia hablado de noche, quejándose de él, porque no hacia bien por su ánima, diciendo: «¿Porqué no haces bien por

Ánima que pedia favor á su padre.

Ánima que pedia favor á su marido.

Ánima de un fraile que apareció muchas veces.

mí, que ando en pena? ¿Porqué gastas mal lo que yo dejé, y no lo gastas en ayudarme?» Y que como despues hiciese bien por ella, nunca más oyó esta voz. Una india, natural del pueblo de Tlatulco, solia confesarse con Fr. Andrés de Cuellar, fraile de la provincia de Burgos, el cual como muriese, la india, mostrándose grata á la buena obra que de él en vida habia recibido, ayunaba por él y hacia oracion á Nuestro Señor, suplicándole hubiese misericordia del ánima de aquel su confesor. Despues de algunos dias, una noche pareció gran claridad en su casa de la india, que entraba (segun dijo) por el mismo techo de la casa, y de encima del techo le habló una voz, que conoció ser del dicho Fr. Andrés, que le dió gracias por lo que habia hecho por él, y le dijo que hasta allí bien le habia sido menester, y luego desapareció la claridad y cesó la voz. Esto contó ella al padre Fr. Juan de Ayora. Á Fr. Miguel de Estibaliz (de quien arriba hice memoria), por su grande sinceridad parece que ha querido Nuestro Señor revelar algunas de estas cosas ocultas que á otros no se conceden. Siendo este religioso morador en el convento de Tlaxcala, le apareció un fraile defuncto, no una, sino muchas veces. Y fué en la manera siguiente. Un viérnes en la tarde, estando aderezando el refectorio para que los frailes hiciesen colacion, fué por un jarro de agua á la tinaja que estaba junto á la puérta del refectorio. Y volviendo con el agua, vió entrar un fraile en la oficina del refectorio (que tenia la puerta junto á la mesa traviesa) muy compuestas las manos y puesta su capilla, y entendió que era un Fr. Antonio Velazquez que moraba tambien en aquella casa. Y dijo entre sí el Fr. Miguel: con alguna necesidad habrá entrado á tomar alguna cosa, y así disimuló con él. Mas viendo que tardaba y no salia, entró en la oficina, diciendo: «Acabemos ya, que es hora que salgais.» Y como no hallase ningun fraile, pensó que por ventura su sombra ó otra cosa semejante le habia engañado, y no hizo caso de ello. La mesma noche, dadas las tres despues de maitines, y salidos todos los frailes del coro, quedóse allí solo Fr. Miguel, y vió con la luz que la lámpara de sí echaba, un fraile que venia hácia él muy compuesto, como lo habia visto cuando entró en la oficina. Y díjole: «¿Quién sois?» El fraile le respondió: «Yo soy, ¿no me conocéis?» Y luego lo conoció en la voz, y le dijo: «¿No sois vos Fr. fulano, que es ya defuncto?» Y él le respondió: «Sí, yo soy.» Y en esto habia estado rostro á rostro delante de Fr. Miguel, parado. Y cuando dijo, yo soy, fuése hácia la reja del coro, y preguntóle Fr. Miguel: «¿Qué buscáis por acá, hermano?» Á esto respondió: «¿Pues

no veis lo que busco?» Y luego desapareció. Fr. Miguel entendió lo que buscaba, que era que rogasen á Dios por él, y fuese derecho á la celda del guardian (que era Fr. Francisco de Lintorne) y le contó lo que habia visto. El cual por entonces no le dió mucho crédito, pensando si seria sueño, habiéndose adormecido en el coro. Despues, la noche siguiente, yendo Fr. Miguel á tañer á la Ave María, lo tornó á ver en un paño del claustro, y lo conoció muy bien, y vió que se fué hácia el altar mayor. Acabadas las completas, fué Fr. Miguel al guardian y le dijo: «Padre, verdad es lo que os dije, que esta tarde lo he visto otra vez.» Entonces lo creyó el guardian, y le mandó que otro dia pusiese la tumba en la iglesia, y que todos los sacerdotes del convento dijese misa por él. Y avisó por los conventos comarcanos, que rogasen á Dios por un defuncto. Otro dia siguiente lo vió Fr. Miguel desde el coro, estar en el altar mayor cerca del Santísimo Sacramento, y lo mismo otro dia despues, y otras veces lo habia visto en este intervalo de dias en el claustro alto y bajo, que por todas serian siete ó ocho veces las que lo vió, y siempre iba hácia el altar mayor muy compuesto, y al cabo de doce dias no pareció más. Este fraile habia morado cuando vino de España en aquel convento de Tlaxcala, donde cometeria alguna culpa por donde estuviese en aquel lugar haciendo penitencia y purgándola. Despues fué á Michoacan, adonde el Fr. Miguel lo conoció y conversó por espacio de dos años y medio que moraron juntos en una casa. Y esta vision declaró Fr. Miguel, mandado por obediencia de su prelado. En México, un español fué á matar á otro, y aconteció (como las mas veces acaece) que el agresor fué muerto, y enterráronlo en el convento de S. Francisco. Y al tiempo que echaron el cuerpo en la sepultura, dió un gran grito espantable, de que los frailes quedaron atemorizados, y encomendaban al Señor el ánima de aquel defuncto. Era comisario de la provincia á esta sazón, por ausencia del provincial, el santo varon Fr. Francisco Jimenez, uno de los doce primeros. Y una noche, despues de maitines, fué á la celda del dicho comisario el padre Fr. Diego de Olarte para confesarse con él. Y estándose confesando, dieron golpes en la ventana de la celda por la parte de fuera, como que llamaba alguno. Entonces el comisario dijo á Fr. Diego de Olarte, que se saliese de la celda. Fr. Diego bien oyó que hablaba el comisario, aunque no supo con quién, ni entendió la plática; mas sospechó que hablaba con aquel defuncto, porque otro dia siguiente hizo el comisario un razonamiento á los religiosos en la mesa, y les